

**Permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones,  
dejar que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros  
y perseverar en la oración para el nuevo hombre, el cual es uno solo**

Lectura bíblica: Col. 3:15-17; 4:2-3

**I. Necesitamos permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones—Col. 3:12-15; Ef. 2:14-18; Ro. 5:1; Mt. 18:21-35:**

- A. El término griego traducido “sea el árbitro” también puede traducirse “juzgue, presida, sea entronizado como gobernador y como uno que toma todas las decisiones”; la paz de Cristo, al actuar como árbitro, anula las quejas que tengamos contra cualquier persona—Col. 3:13.
- B. A menudo estamos conscientes de tres partidos que están en nosotros: un partido positivo, un partido negativo y un partido neutral; por consiguiente, es necesario que en nuestro interior haya arbitraje a fin de resolver la disputa que hay en nosotros:
  - 1. Cada vez que percibimos que diferentes partidos en nuestro ser argumentan o discuten, necesitamos dar lugar a la paz de Cristo que preside y permitir que esta paz, la cual es la unidad del nuevo hombre, gobierne en nuestro interior y tenga la última palabra.
  - 2. Necesitamos poner a un lado nuestra opinión, nuestro concepto, y escuchar la palabra del Árbitro que mora en nosotros.
- C. Si permitimos que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones, esta paz resolverá todas las disputas que haya entre nosotros; tendremos paz con Dios verticalmente y con los santos horizontalmente:
  - 1. Mediante el arbitraje de la paz de Cristo, nuestros problemas son solucionados y las fricciones entre los santos desaparecen; entonces la vida de iglesia es guardada en dulzura, y el nuevo hombre es resguardado de una manera práctica.
  - 2. El hecho de que la paz de Cristo arbitre significa que Cristo obra en nosotros para ejercer Su gobierno sobre nosotros, para tener la última palabra y para tomar la decisión final—cfr. Is. 9:6-7.
  - 3. Si permanecemos bajo el gobierno de la paz de Cristo que está entronizada, no ofendremos a otros ni les haremos daño; más bien, por la gracia del Señor y con Su paz, ministraremos vida a otros.
  - 4. Esta paz debería unir a todos los creyentes y llegar a ser su vínculo—Ef. 4:3.

**II. Necesitamos dejar que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros—Col. 3:16-17:**

- A. Cuando la paz de Cristo arbitra en nosotros y nos guarda en una situación llena de unidad y armonía, llegamos a ser el lugar donde está el hablar de Dios, es decir, Su oráculo—vs. 15-16; Ap. 2:1, 7:
  - 1. El hablar de Dios requiere de la unidad; la división hace que el hablar de Dios disminuya, incluso que cese por completo—Lv. 1:1.
  - 2. Puesto que la unidad es un requisito necesario para tener el hablar de Dios, necesitamos permitir que la paz de Cristo arbitre en nuestros corazones—Col. 3:15.
  - 3. El hecho de que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros significa que tiene suficiente cabida en nosotros para impregnar y saturar todo nuestro ser; es crucial que permitamos que la palabra de Cristo entre en nosotros, more en nosotros, prevalezca en nosotros y reemplace nuestros conceptos, opiniones y filosofías—Sal. 119:130; cfr. Ap. 21:23; 22:5.
- B. Necesitamos permitir que la palabra del Señor tenga el primer lugar en nosotros a fin de que podamos experimentar las funciones que tiene la palabra de Dios, las cuales operan en nuestro interior y ministran las riquezas de Cristo a nuestro ser—Col. 3:16:
  - 1. La palabra de Dios nos ilumina (Sal. 119:105, 130), nos nutre (Mt. 4:4; 1 Ti. 4:6) y nos riega a fin de saciar nuestra sed (Is. 55:8-11).

2. La palabra de Dios nos fortalece (1 Jn. 2:14b; Pr. 4:20-22), nos lava (Ef. 5:26) y nos sobreedifica (Hch. 20:32).
  3. La palabra de Dios nos hace cabales, nos perfecciona (2 Ti. 3:15-17) y nos edifica al santificarnos (Jn. 17:17).
- C. Al permitir que la palabra de Dios habite en nosotros, podemos llegar a ser un ser humano apropiado, un Dios-hombre lleno de Cristo, quien es la realidad de los atributos de Dios—Col. 3:17-25; Fil. 4:5-8.

### **III. Necesitamos perseverar en la oración—Col. 4:2-3:**

- A. Necesitamos dedicar suficiente tiempo a la oración, lo cual nos capacitará para absorber más de las riquezas de Cristo, la tierra todo-inclusiva—1:12; 2:6-7; 4:2:
1. Necesitamos dedicar tiempo para absorber al Señor, al contactarle de manera definida y prevaeciente—Lc. 8:13; Mt. 14:22-23; 6:6.
  2. Reunirse con Dios por la mañana no solamente es reunirse con Él a una hora temprana del día, sino también reunirse con Él en una atmósfera llena de luz; debemos acudir a Dios solos, sin ninguna otra persona, asunto o cosa que nos distraiga u ocupe—Pr. 4:18; Éx. 33:11a; 34:3-4; Mr. 1:35.
  3. Cuando oremos acercándonos al trono de la gracia, la gracia llegará a ser un río que fluye en nosotros y nos suministra—He. 4:16; cfr. Ap. 22:1.
- B. A fin de combatir del lado de Dios en contra de Satanás, necesitamos perseverar en la oración—Dn. 6:10:
1. Por ser aquellos que estamos del lado de Dios, encontramos que todo el universo caído está en contra nuestra y, en particular, en contra de nuestra oración; la resistencia en contra de la oración no sólo se encuentra fuera de nosotros, sino también dentro de nosotros—Mt. 26:41.
  2. Orar consiste en ir en contra de la corriente, la tendencia, del universo caído—Lc. 18:1-8.
- C. Necesitamos designar tiempos específicos para la oración; nuestra actitud debería ser que la oración es nuestra actividad más importante y que no debemos permitir que nada interfiera con ella—Dn. 6:10; Hch. 12:5, 12.
- D. Necesitamos permanecer en una atmósfera de oración al ejercitar nuestro espíritu continuamente—Ef. 6:18; 1 Ti. 4:7; 2 Ti. 1:7; Col. 1:3, 9:
1. Necesitamos orar sin cesar, perseverar en la oración, al mantenernos íntimamente vinculados con el Señor—1 Ts. 5:17; Mt. 26:41; Col. 2:19.
  2. Incluso en los detalles más pequeños necesitamos inquirir ante el Señor; hacer esto equivale a perseverar en la oración y por ende vivir a Cristo—cfr. Jos. 9:14; Fil. 4:7-8.

### **IV. A medida que somos gobernados por la paz de Cristo y habitados por la palabra de Cristo al perseverar en la oración, Él nos impregna y nos reemplaza consigo mismo hasta que todas nuestras distinciones naturales hayan sido eliminadas, y lleguemos a ser el nuevo hombre en realidad—Col. 3:15-17; 4:2-3; 3:10-11.**